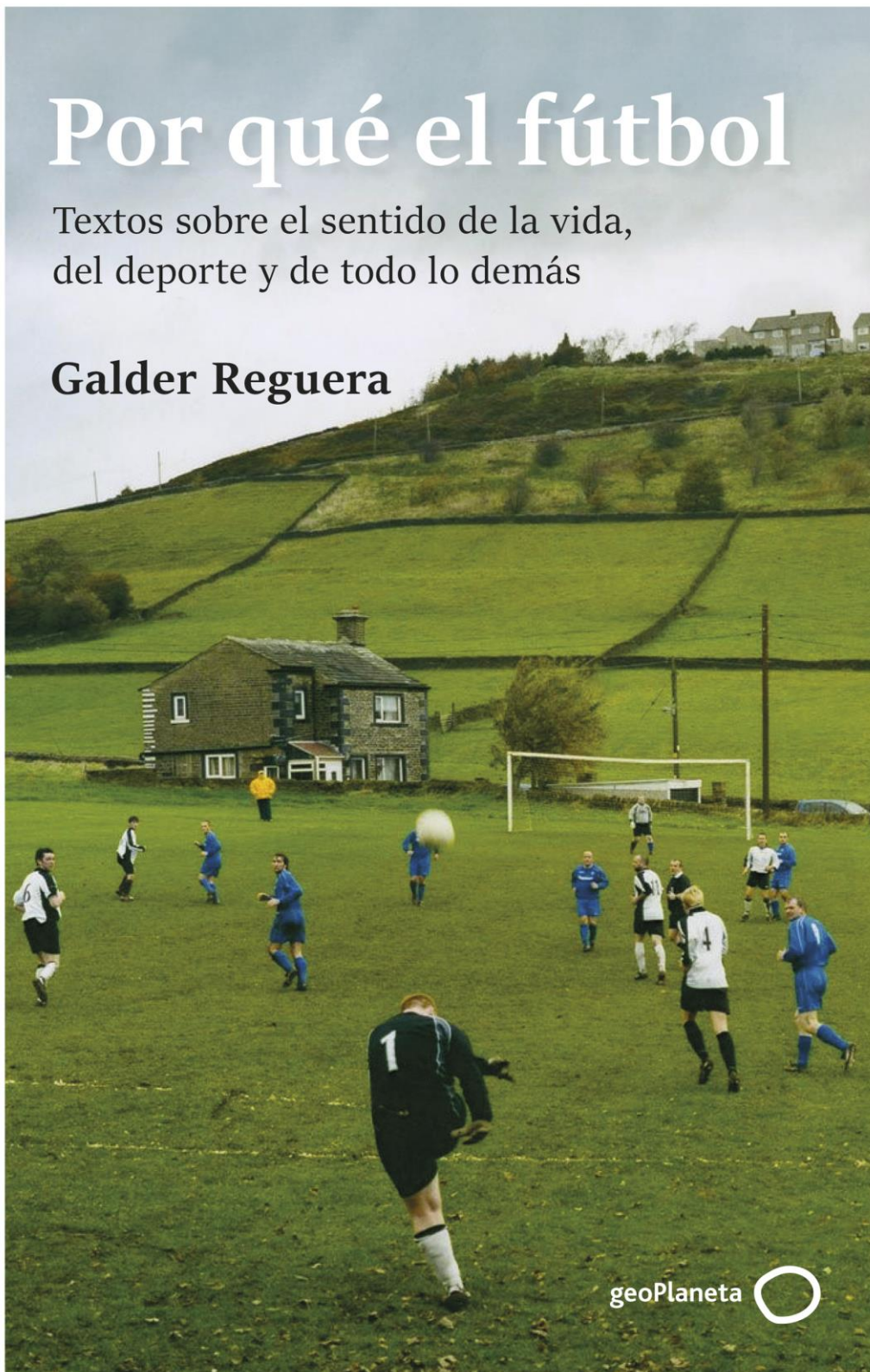


Por qué el fútbol

Textos sobre el sentido de la vida,
del deporte y de todo lo demás

Galder Reguera



A la venta desde el 15 de octubre de 2025

Por qué el fútbol

Textos sobre el sentido de la vida,
del deporte y de todo lo demás

Galder Reguera

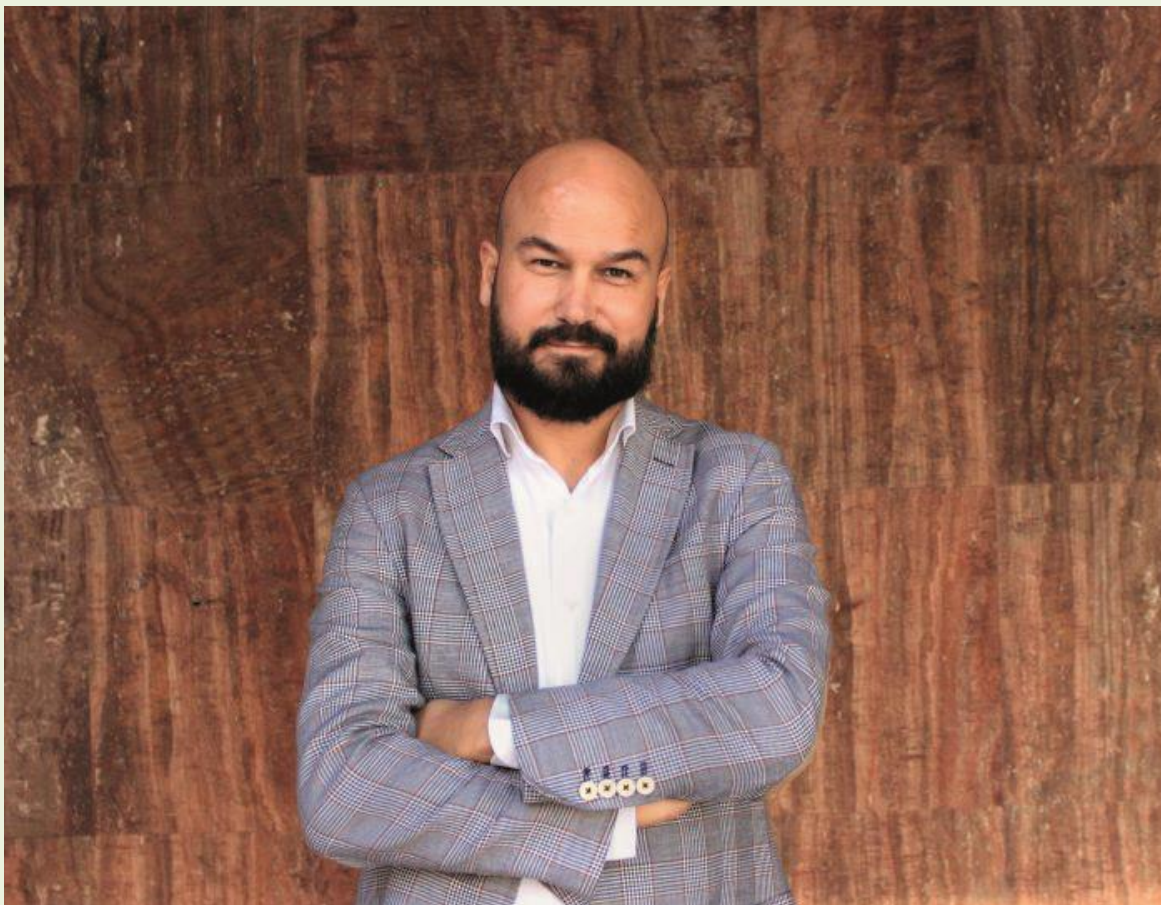
Con *Hijos del fútbol* (2017), Galder Reguera nos mostró una forma personalísima de vivir y contar el fútbol, siempre guiada por una sensibilidad humanista que trasciende la mera crónica deportiva. En esta **antología, que reúne sus columnas y otros textos alrededor del balón**, Reguera narra el fútbol como rito de iniciación, laboratorio moral y lugar donde caben la paternidad, la salud mental, los derechos LGTBIQ+ o la defensa del juego libre en la infancia. Cada texto **combina la emoción de la grada con la reflexión del filósofo**: historias íntimas, nostalgia familiar, identidad compartida y pequeños manifiestos para reivindicar lo que de verdad importa.

El resultado es un mosaico luminoso que celebra el poder del balón para explicar quiénes somos y quiénes queremos ser.

«Creo que el fútbol, más que ningún otro fenómeno social, funciona como una suerte de mitología contemporánea que nos puede servir de plantilla para pensar, celebrar y lamentar sobre los seres humanos y su destino.»

En el fútbol caben la gesta, el drama y la comedia, y un partido ofrece en ocasiones giros de guión que ni el más osado de los escritores se atrevería a plantear. La razón es que se juega con el pie (el gran olvidado de la evolución, en palabras de Juan Villoro) y que la pelota es anárquica e imprevisible, como tantas veces la vida.»

GALDER REGUERA ABORDA TEMAS UNIVERSALES ENVUELTOS EN RELATOS FUTBOLEROS (PATERNIDAD, DUELO, INFANCIA, COMUNIDAD, AMOR, IDENTIDAD o EL PASO DEL TIEMPO) EN UNA ANTOLOGÍA DE TEXTOS BREVES QUE VAN MUCHO MÁS ALLÁ DEL FÚTBOL.



GALDER REGUERA (Bilbao, 1975). Licenciado en Filosofía por la Universidad de Deusto, actualmente es director de Estrategia y Operaciones de la Fundación Athletic Club, de la que es máximo responsable de su proyecto desde 2008.

Como parte de su trabajo, dirige dos festivales, uno de literatura (Letras y Fútbol) y otro de cine (Thinking Football Film Festival), este considerado como uno de los mejores festivales de cine y fútbol del mundo.

Es autor de una decena de títulos, tanto ensayos como libros de ficción. Entre ellos, destacan las novelas *Hijos del fútbol* (2017), *Libro de familia* (2020) y *Vida y obra* (2024), las tres publicadas por seix Barral. Escribe regularmente en *El País* y el *Diario AS* y participa en una sección sobre el fútbol y la vida junto a Rafa Cabeleira en el programa *Hoy por Hoy* de la Cadena Ser.

ESCRIBIR DE FÚTBOL

Cuenta Eduardo Sacheri que cuando escribió *La pregunta de sus ojos* lo hizo evitando expresamente el fútbol. El autor argentino, que había logrado reconocimiento gracias a sus narraciones breves con la pelota como protagonista, necesitaba reivindicarse más allá del balón. Quería sentirse escritor sin el balón de por medio. Por eso en esa su primera novela apenas hay una pequeña referencia a cómo el estado de ánimo de uno de los personajes se ve afectado por los resultados de su equipo. Resulta, sin embargo, que cuando Campanella lo citó para ofrecerle la adaptación al cine y la escritura a

cuatro manos del guion, le confesó que creía necesario añadir un ingrediente más a la historia. «Por favor, incluyamos algo de fútbol», rogó, y Sacheri accedió, imagino que a regañadientes. Pues bien, precisamente ese ingrediente fue el que dio fama mundial a la película. Hablo de la celeberrima escena de la persecución en el estadio, uno de los momentos más memorables de la historia del cine en español, cuando el asistente de juzgados Pablo Sandoval dice sobre el investigado: «El tipo puede cambiar de todo: de cara, de casa, de familia, de novia, de religión, de Dios..., pero hay una cosa que no puede cambiar: no puede cambiar de pasión».

No hay hinchas que no se reconozca en esa frase. Yo también, como Sacheri, **he intentado regatear al fútbol mientras escribía; y me lo he encontrado a la vuelta de cada página.**

Para la pregunta de por qué escribimos, cada autor tiene una respuesta. Me gustó siempre la de Italo Calvino: por la consciencia dolorosa de la propia incompetencia. Pero la cuestión de por qué escribimos lo que escribimos, esa es más compleja, y muchas veces el autor carece de perspectiva, de distancia de sí mismo para responderla. **Innumerables veces me han preguntado (y recriminado) por qué el fútbol, y en cada respuesta he intentado explicármelo también a mí mismo.** En el fondo, he de confesar, creo que no lo sé. Supongo que en parte es porque **uno descubrió la diversidad del mundo en el que vivimos con los Mundiales, entendió parte de la sociopolítica europea con la UEFA y la Champions y aprendió sobre el modo de ser de las personas jugando once contra once con un balón.** Sí, como Albert Camus, yo también supe mucho en la cancha sobre mis semejantes y, lo que es peor, sobre mí mismo.

También creo que el fútbol, más que ningún otro fenómeno social, funciona como una suerte de mitología contemporánea que nos puede servir de plantilla para pensar, celebrar y lamentar sobre los seres humanos y su destino. En el fútbol caben la gesta, el drama y la comedia, y un partido ofrece en ocasiones giros de guion que ni el más osado de los escritores se atrevería a plantear. La razón es que se juega con el pie (el gran olvidado de la evolución, en palabras de Juan Villoro) y que la pelota es anárquica e imprevisible, como tantas veces la vida.

«Fundamentalmente, supongo, escribo porque el fútbol es mi pasión y necesito entenderla y entenderme. Escribo sobre fútbol por no puedo evitarlo».

Pero fundamentalmente, supongo, escribo porque el fútbol es mi pasión y necesito entenderla y entenderme. Escribo sobre fútbol porque no puedo evitarlo, como no pude evitar llorar abrazado a mi hijo mayor, rodeados de miles de los nuestros que también lloraban, cuando nuestro equipo logró su último título.

Una lección que aprendí cursando filosofía es que preguntarse el porqué de algo es, muchas veces, recorrer solo la mitad del camino. En ocasiones, la pregunta está incompleta si no va acompañada de su reverso: «¿Por qué no?». Quiero decir, ¿me cuestionaría igualmente si en lugar del fútbol habláramos de otro tema? A la pregunta de por qué escribir sobre fútbol, la respuesta, al menos eventual, puede ser otra pregunta: ¿por qué no?

El caso es que yo no puedo evitarlo. Lo quiera o no, me encuentro en cada esquina con el fútbol. Siempre el fútbol. O, como lo define ese personaje secundario de la novela de Sacheri al que la pelotita le determina el ánimo, «el dichoso, el maldito, el eterno asunto del fútbol».

DIOSES TRISTES

Es una de las escenas que más me ha impactado en un campo de fútbol. Fue en 1998. El Olympique de Marsella se enfrentaba al Bastia. Titi Camara, delantero de los marseleses, falló varias ocasiones de gol, de esas que son tan claras que el hincha se pone a sí mismo como la medida de la total inoperancia, afirmando: «Esa la meto hasta yo». La grada local se transformó en un murmullo de desaprobación. A la cuarta o quinta, Titi Camara por fin consiguió hacer gol. El público, su público, explotó de alegría. Pero él cayó al suelo, rodillas hincadas en la hierba, manos al rostro, abatido por un llanto incontenible. No pudo seguir en el campo. Era la primera vez en mi vida que veía a un jugador que tenía que ser sustituido por una lesión en el ánimo.

«Se suele comparar a los futbolistas con los héroes de la Antigüedad. Pero en lo relativo a su relación con la grada, sería más adecuado hacerlo con los dioses mitológicos».

He visto más después. A algunos la tristeza los atrapó en mitad de una jugada. Otros fingieron lesiones físicas por temor a reconocer que su dolor estaba dentro de la cabeza. Algunos no pudieron más y se retiraron prematuramente. Casos extremos, y por suerte puntuales, optaron incluso por quitarse la vida.

Esta misma semana hemos visto la imagen de un chico de diecinueve años que, tras marcar ante su público, derramó lágrimas que no eran de felicidad. Hablo, por supuesto, de Vinicius Jr. y su reacción tras marcar su primer gol de la temporada frente a Osasuna. Después del partido, en rueda de prensa, reconoció: «He llorado porque no estaba feliz».

Se suele comparar a los futbolistas con los héroes de la Antigüedad. Pero en lo relativo a su relación con la grada, sería más adecuado hacerlo con los dioses mitológicos. Porque a los héroes los acompañamos, pero con los dioses no tenemos piedad (ni, por supuesto, paciencia). Aceptamos la caída del héroe, porque es su sino. Al dios, sin embargo, le exigimos eternamente.

¿Quiere la grada al jugador? A veces tiene una manera muy extraña de demostrárselo, como la de esos padres que dicen que pegan a sus hijos por su propio bien. Creo que el símil es válido, porque la ansiedad y la depresión rara vez llegan al futbolista procedentes de los cánticos del rival. Las expectativas inalcanzables, la presión por el resultado y la exigencia de ganar, ganar y ganar, esas vienen de los que son los tuyos y dicen que te quieren. Es a esos a quienes el jugador teme más. Aunque sea temor por no poder corresponder a su amor en forma de goles.

UNO DE LOS NUESTROS

He pasado unos días en Barcelona. Una mañana quedé para desayunar con el escritor Miqui Otero y le regalé el libro que había presentado la noche anterior, junto con mi amigo Carlos Marañón. Miqui tomó el volumen en sus manos con cariño y, acariciando la portada, me confesó que se ha autoimpuesto una norma: dadas las dimensiones de su biblioteca, desde hace un tiempo siempre que entra un libro en su casa, sale otro. No era su intención, pero sus palabras me generaron cierto

desasosiego. ¡Qué responsabilidad! ¿Qué volumen descartaría? ¿Quién sería el autor damnificado? ¿A quién sustituiríamos Carlos y yo? Miqui tiene un niño pequeño. Suyos serán en un futuro los libros de sus padres. ¿De qué obra le estaría privando con mi regalo? Siempre me han dado miedo las consecuencias de mis actos. Tuve que reprimir la tentación de quitarle el libro de las manos y salir corriendo.

Con los futbolistas sucede algo parecido a lo que ocurre con los libros de la biblioteca de Miqui. Durante un tiempo son los tuyos, pero poco a poco van llegando otros, a los que hay que dejar sitio en un vestuario en el que caben poco más de una veintena. Yo, que siempre he sido muy nostálgico, a veces echo de menos a los jugadores de mi equipo incluso antes de que dejen de vestir de rojiblanco (¡ay, Aritz, no te retires nunca!). **Cuando un canterano despunta, no puedo evitar pensar a quién desplazará. Sé que es ley de vida, pero para mí los jugadores del Athletic Club** son como esas mujeres del poema de Karmelo Iribarren que pasan por tu vida y nunca dejan de pasar del todo. **Siento que siempre serán de los nuestros, estén aún o se hayan ido.**

«Cuando un canterano despunta, no puedo evitar pensar a quién desplazará. Sé que es ley de vida, pero para mí los jugadores del Athletic Club (...) siento que siempre serán de los nuestros, estén aún o se hayan ido».

Por eso estos días en Barcelona han estado presentes en todas mis conversaciones tanto Ernesto Valverde (y Jon Azpiazu), ahora en las filas del FC Barcelona, como Ander Iturraspe, que juega para el Espanyol. En cuanto sabía de qué colores era el corazón de mi interlocutor, blaugrana o blanc-i-blau, le preguntaba por uno u otro. Como si se tratara de familiares queridos que viven lejos, necesitaba saber si les tratan bien allí, si les quieren como les queremos siempre en Bilbao. Y, al despedirme, rogaba a mi interlocutor: cuidádnoslo, por favor, que es uno de los nuestros.

POR QUÉ LLORAMOS CUANDO LLORAMOS POR FÚTBOL

He regresado muchas veces a aquel momento. Fue la tarde-noche del 31 de agosto de 1991. El Athletic Club estrenaba la temporada en San Mamés ante el Sevilla. Era el debut de un nuevo delantero, Ziganda, recién llegado de Osasuna. Nosotros estábamos lejos, en Ojacastró, un pequeño pueblo de La Rioja, donde se celebraba el bautizo de mi primo Tomás. Yo tenía dieciséis años y me había peleado con mis padres porque quería faltar a la reunión familiar para ir al partido con mis amigos, pero se mostraron inflexibles. Tenemos una foto en el pórtico de la iglesia. Mis padres y hermanos aparecen sonrientes, diría que felices. Yo muestro el gesto del adolescente eternamente enfurruñado. Hasta el último momento mantuve la esperanza de que nos volviéramos pronto a Bilbao y pudiera llegar a tiempo a San Mamés. Pero fue en vano. Los brindis se sucedieron y la sobremesa se alargó hasta unirse a la cena. Cuando me di por vencido pedí las llaves del coche familiar y allí, en soledad, mientras observaba el precioso atardecer estival riojano, me conformé con escuchar la narración en la radio. Perdimos por cero a dos. Cuando el árbitro pitó el final, sentí que mis manos se agarrotaban. Creí que los dedos se me iban a romper como palillos. El corazón me latía desbocado y el pecho amenazaba con explotar. Me costaba respirar. Se hizo conmigo una angustia indecible que derivó al fin en un llanto desbordado. Como escribió Gironde, abiertas las compuertas, lloré empapando el alma y la camiseta, nadé en las propias lágrimas. En esas, mamá vino al coche,



sospecho que a comprobar si fumaba a escondidas, y me preguntó por qué lloraba. «Ha perdido el Athletic», contesté, y ella negó con la cabeza.

Yo he llorado mucho por fútbol. He llorado mares, océanos enteros por culpa del balón. He llorado de todas las maneras posibles y en todos los lugares. **Y en todas esas ocasiones he necesitado justificarme, porque es cierto que tiene algo de feo y egoísta, en este mundo nuestro lleno de dolor y miserias, llorar por fútbol.**

«Suelo sostener que los hinchas no lloramos solo por fútbol, sino que de alguna manera el balón es un canalizador de sentimientos más profundos (y sensatos), pero no siempre tangibles y concretos como un gol en contra producto de un penalti a todas luces injusto».

Por eso suelo sostener que los hinchas no lloramos solo por fútbol, sino que de alguna manera el balón es un canalizador de sentimientos más profundos (y sensatos), pero no siempre tangibles y concretos como un gol en contra producto de un penalti a todas luces injusto. **Diría que el fútbol es como la música: no lloramos por la canción, lloramos con la canción.** Por eso el llanto casi siempre nos sobreviene en los minutos finales del partido, en esos momentos en los que la ficción del estadio y la realidad del mundo que durante noventa minutos estuvo suspendida se encuentran temporalmente mezclados. **El partido termina y la vida vuelve a nosotros (el verdadero origen de nuestra angustia), pero aún los límites entre el estadio y lo que queda fuera son borrosos, como cuando acabamos de despertar y en la mente se mezclan el sueño y la realidad. Por eso creemos que nuestros sentimientos son debidos a la pelota.**

Aquella tarde-noche de 1991 contesté a mamá que había perdido el Athletic y ella negó con la cabeza. Pero he vuelto muchas veces a ese momento y hoy sé que en realidad mi angustia tenía otro origen. Terminaba el verano, otra ficción, como la del estadio. Mi mundo estaba cambiando y tenía miedo. Pronto serían los exámenes de septiembre, que ya daba por suspendidos. Mis amigos pasarían de curso y yo me quedaría atrás. Al cabo de unos días, además, se cumpliría un año desde que aitite, mi abuelo paterno, había muerto. ¡Lo echaba tanto de menos! Él pagaba mi carné de socio y mi padre ya me había advertido que él no podría hacerlo. En enero el club me daría la baja. Aquel era uno de los últimos partidos de una cuenta atrás. En definitiva: la vida volvía, con sus vaivenes, y yo tenía miedo y por eso lloraba. Pero cómo explicarlo si apenas yo lo comprendía. No sé si mamá sospechó del origen de mi tristeza. Pero después de negar con la cabeza, me secó las lágrimas, me rodeó con los brazos y susurró algo así como que no pasaba nada, que no se pierde siempre y que llegarían tiempos mejores. Y yo pensé en el Athletic, claro, pero supe que mi madre hablaba de lo que quedaba fuera del estadio.

FÚTBOL Y POLÍTICA

Durante mucho tiempo, mi país estuvo dividido entre terroristas y fascistas. No había tercera opción. Ibas a por el pan y habías de elegir si con tu compra apoyabas el negocio de un fascista español o de un terrorista separatista. En ocasiones, algún amigo te retiraba la palabra cuando te veía conversando con otro. A ojos de terceros, intercambiar saludos te convertía en cómplice de los crímenes de ETA o de la guerra sucia del Estado.

Si la cosa hubiera quedado ahí, ni tan mal. El problema se agravaba cuando eras tú mismo el juzgado. Aquello era esquizofrénico. Cada día te achacaban cojear de un pie u otro. En menos de un año, me partieron la cara por terrorista y españolazo. Los grupos que me apalearon no diferían mucho entre sí, apenas en la bandera. Y yo tuve suerte: mis heridas de guerra son un diente roto y unos cuantos puntos de sutura. Otros lo pasaron mucho peor, cuando no fueron directamente asesinados.

Creo sinceramente que el fútbol y la política no se pueden separar, porque están esencialmente unidos. **El fútbol es el gran espectáculo que es porque, entre otras cosas, permite la escenificación lúdica de la identidad, de las identidades, y, no menos importante, de la diversidad.** El partido necesita del otro para ser jugado.

A todo eso se refería Eduardo Galeano cuando escribió que el fútbol es una guerra danzada. A Paul Auster se le atribuye otra frase parecida: **«El fútbol es un milagro que le permitió a Europa odiarse sin destruirse».** Ambas citas son recurrentes cuando se intenta explicar la tensión o la violencia en los estadios. Pero los análisis que subrayan la parte bélica del fenómeno de la pelota tienden a olvidar la segunda parte de la ecuación: tanto Auster como Galeano inciden en la parte lúdica del asunto. Dicho de otra manera: el fútbol tiene de guerra lo mismo que un grupo de niños jugando a indios y vaqueros con pistolas de madera.

«El fútbol es política. Es inevitable. Pero todo sería muy diferente si entendiéramos de una vez que la política ha de ser el arte de convivir con quienes son diferentes a nosotros».

El fútbol es política. Es inevitable. Pero todo sería muy diferente si entendiéramos de una vez que la política ha de ser el arte de convivir con quienes son diferentes a nosotros, con aquellos con los que discrepamos, y nunca, bajo ningún concepto, un espacio de persecución de la diferencia. **Debemos aprender a vivir en el disenso. En ese sentido, no pasa nada malo con que el estadio se convierta en un espacio de escenificación de protesta o adhesión.** El estadio no es un paréntesis del mundo, ni debe serlo. Pero sí un lugar de convivencia, donde el otro-diferente ha de tener siempre cabida, exceptuando, por supuesto, a quienes hacen de la intolerancia su discurso y niegan la diferencia.

Con la sentencia del procés recién dictada y nuevas elecciones en el horizonte, en un país que vuelve a plegarse en trincheras habitadas por el resentimiento, conviene recordarlo: **el fútbol no es un campo de batalla, sino un espacio en el que el rival permite que haya juego.**

¿PARA QUÉ SIRVE EL FÚTBOL?

Escribió Andoni Zubizarreta el pasado sábado en El País una columna en la que se lamentaba de que el triunfo mundial de la selección española femenina de fútbol hubiera derivado en la polémica de los últimos días, tras el beso de Rubiales a Jenny Hermoso, en lugar de en una celebración que habría tenido un enorme impacto positivo para España y el fútbol femenino. En la misma línea se han manifestado entrenadores y futbolistas en ruedas de prensa y redes sociales. Es triste, manifestaban, que no estemos celebrando la victoria deportiva. Entiendo perfectamente el sentido de sus palabras, pero discrepo de ellos y me atrevo a tomar prestado el título de esa columna de mi admirado Zubizarreta para esta que usted se encuentra leyendo, pero formulado en forma de pregunta: ¿para qué sirve el fútbol?



Me refiero, obviamente, a **lo que ocurre más allá del estadio: ¿tiene alguna utilidad social?** Esta última semana hemos atendido a un sinfín de tertulianos todoterreno (de esos que lo mismo te frien un huevo que te solucionan el conflicto sudanés en seis frases) hablar pestes del fútbol, ese invento del diablo que es origen de todos los males que asolan a la humanidad en estos tiempos. Venían cargados de razones y argumentos, pero olvidaban una cuestión tan crucial como evidente: Jennifer Hermoso es futbolista. Quiero decir, en la ecuación Rubiales-Hermoso, la segunda es quien representa al fútbol. **Ella es la deportista, la persona que ha luchado en el verde durante cada segundo de su vida por llegar a ese lugar, el podio de campeona del mundo. El otro, el de la corbata y la asamblea aplaudidora, representa el poder y está ahí por su cargo, no por su mérito y esfuerzo.**

Por supuesto que el mundo del fútbol está plagado de actitudes machistas y de abusos de poder, pero, ¿cuál no? Lo que sucede es que otras esferas no tienen la visibilidad de un balón.

Por supuesto que el mundo del fútbol está plagado de actitudes machistas y de abusos de poder, pero, ¿cuál no? Lo que sucede es que otras esferas no tienen la visibilidad de un balón. Actitudes parecidas a la de Rubiales se han dado y se dan en la cultura, en el mundo empresarial, en las instituciones científicas, pero con menor visibilidad. Lo único bueno de lo acontecido esta semana es que ha servido para denunciar no solo el abuso de poder patriarcal de Rubiales (yo voy más allá y creo que ni siquiera con consentimiento ese beso es procedente), sino todos los abusos machistas. Igualmente, la respuesta trasciende el escenario en el que se dio el hecho para llegar a todas partes.

¿Para qué sirve el fútbol?, me pregunto. En este caso, para que un firme «¡Se acabó!» esté llegando a todos los rincones de nuestra sociedad.

PASAR A LA HISTORIA

Hace unos años tuve el inmenso honor de conocer al **antiguo jugador y entrenador argelino Rachid Mekhloufi**. Cuando nos saludamos por primera vez, un estremecimiento me recorrió la columna. Sentí que miraba a los ojos a la historia de la humanidad. Aquella mano que aferraba ahora la mía había estrechado un día a su vez la de Charles de Gaulle, la de Ahmed Ben Bella, la de Hồ Chí Minh.

Mekhloufi era una de las estrellas del equipo de Francia que iba a disputar el Mundial de 1958. Sin embargo, junto con otros jugadores de origen argelino, decidió escapar de Francia y alistarse en el equipo que el Frente de Liberación Nacional había formado para hacer una gira internacional en la que dar a conocer al planeta la situación de guerra de la colonia francesa. Mekhloufi tomó esa decisión para obligar a la prensa de la metrópoli a contar lo que estaba sucediendo en Argelia, ya que no cubría el conflicto, como si no estuviera sucediendo. La ausencia de los jugadores argelinos forzó a la prensa francesa a dar una explicación, a hablar de la guerra, y toda Francia supo, gracias a ellos, de los crímenes que estaba cometiendo el Estado.

Su sustituto en el once francés en aquel Mundial fue Just Fontaine, quien anotó trece dianas en la fase final y sigue siendo hoy el máximo goleador del torneo en una sola edición. Cuando le pregunté a Mekhloufi si no le daba pena no haber pasado a la historia de los Mundiales, me contestó sonriendo:



«Cuando camino por cualquier calle en Argelia los padres me saludan, los niños me besan la mano. La gente me quiere. Eso es pasar a la historia. No lo cambio por ningún mérito deportivo».

Este periódico elaboró hace poco un once de leyendas. Los expertos lo eligieron por puros méritos deportivos. Sin embargo, lo que hace en el campo es solo una parte, a veces ni siquiera la más importante, de la dimensión de un jugador de fútbol. **Si yo pienso en mis héroes, actuales y pasados, me doy cuenta de que confluyen en ellos lo que hicieron en el verde templo y en la sociedad.** Otros fueron muy buenos en el campo, pero los Iribar, Sócrates, Predrag Pašić, Kenny Dalglish, Robbie Rogers, Osvaldo Ardiles, Eric Cantona, Afonsoinho, Thomas Hitzlsperger o Carlos Caszely, esos fueron muy buenos también fuera.

YES, YOU CAN'T

Comienzo con una confesión: **no soporto a los coaches, esa gente que además de darte lecciones te cobra por ello.** Uno de mis planes de futuro es escribir un libro titulado *Yes, You Can't* («Sí, no puedes») que sea algo así como el manual definitivo contra el coaching.

Quiero justificar mi manía: estudié filosofía, y la filosofía es lo opuesto al coaching. La filosofía ni cura ni hace feliz. Eso es algo de lo que cada día estoy más convencido. El conocimiento procura más desasosiego que dicha. Este es, al fin y al cabo, un universo desconcertante. La filosofía es como la pastilla roja que Morfeo ofrece a Neo en la famosa escena de Matrix: una manera de despertar de un sueño tranquilo. La búsqueda de la verdad es una forma de profundizar en la desventura. Dicho en una cita de esas para subrayar: «La verdad nos hará libres, pero antes nos hará miserables». La frase no es mía, ojalá, sino de alguien con apellido de gato: James A. Garfield.

El deporte no te enseña a ganar, sino a perder. Te enseña que la derrota es lo normal y que hay que aprender a vivir con eso. Lo demás es coaching.

El coaching es, por el contrario, la pastilla azul. Una suerte de verdad descafeinada de usar y tirar dependiendo de las circunstancias. Un remedio que te tomas cuando te sientes mal y cuyo objetivo es que se te pase pronto la náusea existencial. Sin embargo, para dar brillo a sus discursos de quita y pon, los coaches tienen la fea costumbre de citar a los nuestros: a Nietzsche, a Kierkegaard, a Schleiermacher. Decidme si no es para tenerles tirria.

Hay un tipo de coach que llevo aún peor: el deportivo, ese que extrae lecciones del deporte para llevarlas a la vida. A mí eso me parece ya el colmo: que un tipo te diga que todo es posible porque su equipo venció una vez al Real Madrid, en una tarde aciaga de los blancos. Sin embargo, sí que creo que el deporte puede enseñarnos algo. No a superarnos, no. Algo mucho más importante que traspasar metas. Nos enseña a saber perder. Cualquier equipo o deportista, el que sea, cae derrotado muchas más veces de las que gana. La derrota es lo habitual; el triunfo, un acompañante pasajero. **El deporte no te enseña a ganar, sino a perder. Te enseña que la derrota es lo normal y que hay que aprender a vivir con eso. Lo demás es coaching.**

HOMBRES DE NEGRO

El Athletic Club ha planteado, dentro de los actos de su 125.º aniversario, una hermosa iniciativa para honrar a José Ángel Iribar: invitar a todos los porteros (y porteras), sean del club que sean, que esa jornada vistan completamente de negro, como lucía bajo la portería el bueno del txopo. Me encanta la idea de que se trate de un homenaje gremial, un homenaje de los guardametas a uno de los suyos.

«La de portero es una posición con poco prestigio en el patio del colegio. Canceladores del gol, los guardametas son los diferentes, los raros, los otros».

Hace varios años acompañé a Iribar a un encuentro con niños en un centro escolar. Durante la conversación, uno de los pequeños le formuló una pregunta «de portero a portero». Iribar le contestó muy serio y respetuoso. A la salida del centro, le dije al txopo que me había hecho gracia la expresión del niño. Él me señaló que **los porteros son gente especial, que probablemente nacen siéndolo y que un portero lo es para toda la vida, juegue o no.**

El periodista inglés Jonathan Wilson escribió en *The Outsider*, un magnífico libro sobre la historia de los guardavallas, que «el peligro al que se enfrentan todos los porteros es pensar demasiado, ya que la propia naturaleza de su posición genera demasiado tiempo para dudar». Tiene razón. En eso los porteros son como los filósofos: deben aprender a caminar con muchas preguntas y pocas convicciones. Pero no deja de ser cierto también que ubicarse bajo los palos es encontrar un buen lugar desde el que soñar. No es casual que Albert Camus y Eduardo Chillida fueran guardametas.

Andoni Zubizarreta cuenta que fijó los pies para siempre bajo el larguero imaginándose Iribar mientras de fondo le llegaba el retrato del gran portero del Athletic Club a través de las palabras de la radio. «Nadie fue mejor que ese Iribar soñado por Zubizarreta», escribió Juan Villoro.

La de portero es una posición con poco prestigio en el patio del colegio. Canceladores del gol, los guardametas son los diferentes, los raros, los otros. Escribió Galeano que en el fútbol moderno el arquero consuela su soledad disfrazado con fantasías de colores. Me parece precioso que el Athletic Club invite a todos los porteros a unirse en comunidad vestidos de riguroso negro. Ese día el negro, más que un color, será un símbolo de unión entre todos los que soñaron un día con volar sobre el césped, bajo la portería.

POR QUÉ EL FUTBOL

Textos sobre el sentido de la vida, del deporte y de todo lo demás

Galder Reguera

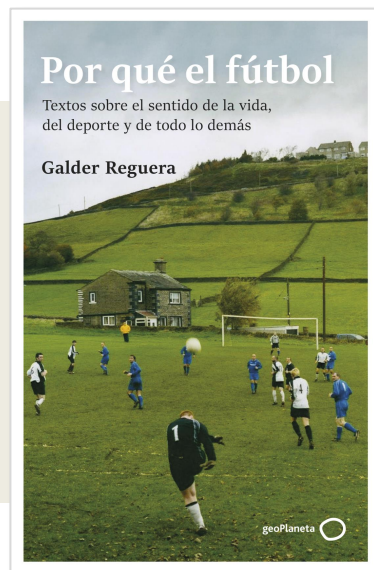
Geoplaneta, 2025

15 x 23 cm. / 168 páginas

Rústica c/ solapas

PVP c/IVA: 15,90 €

A la venta desde el 15 de octubre de 2025



Para más información a prensa y entrevistas con Galder Reguera:

Lola Escudero. Directora de Comunicación Geoplaneta

Tel: 619 212 722

lescudero@planeta.es